

MONIQUE DE KERMADEC

EL ADULTO SUPERDOTADO



CÓMO SIMPLIFICARTE LA VIDA
CUANDO ERES COMPLICADO

El adulto superdotado

Cómo simplificarte la vida cuando eres complicado

Monique de Kermadec

Traducción de Lara Cortés Fernández

Título original: *L'adulte sourdoyé: Apprendre à faire simple quand on est compliqué*

© Éditions Albin Michel, Paris, 2011

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: marzo de 2025

© de la traducción del francés, Lara Cortés Fernández, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S. A., 2025
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Limpergraf
Depósito legal: B. 3.604-2025
ISBN: 978-84-1100-344-5

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo: Una botella lanzada al mar	11
Introducción	13
1. ¿Cómo reconocer a un adulto con altas capacidades?	19
2. Tomar conciencia de los propios dones	61
3. Entender el problema para tomar las riendas de la situación	85
4. ¿Quién soy yo realmente? La cuestión de la identidad profunda	119
5. Motivos para acudir a terapia	165
6. Los beneficios de una terapia	189
Conclusión	215

¿Cómo reconocer a un adulto con altas capacidades?

Antes de abordar esta pregunta —que en los últimos veinticinco años ha sido el hilo conductor de mi trabajo como psicóloga clínica— y de proponer consejos adecuados para paliar los fracasos temporales y el malestar general de estos adultos, debemos concretar en qué consiste su diferencia, qué la caracteriza y cómo la sienten tanto quienes la presentan como quienes la perciben desde fuera.

¿QUÉ ES SER DIFERENTE?

«Ser diferente» se ha convertido en una expresión de moda, que oímos a menudo en las películas estadounidenses. «Hay que querer a esa persona porque es diferente», «tenemos que aceptarla, aunque sea diferente»... Estas, junto con su consiguiente conclusión («somos una familia»), son frases muy habituales en los diálogos de las comedias o tragicomedias fabricadas al otro lado del charco. Revelan tanto una necesidad vital de diferenciarse en un mundo que tiende hacia la globalización, la uni-

formidad, el pensamiento único y las consignas como las dificultades con las que se encuentran aquellos que no piensan, no actúan o no viven de la misma manera que la inmensa mayoría de los hombres y las mujeres que los rodean.

La diferencia puede percibirse como una ventaja o como una tara, según cuál sea la reacción del mundo exterior y, sobre todo, la del individuo que se relaciona con él. El mundo exterior juzga, pero la persona que se siente diferente también tiene un juicio acerca de su diferencia. Por ejemplo, alguien que sea muy alto puede llegar a caminar encorvado para que los demás se olviden de su estatura ¡o bien comenzar una carrera como jugador de baloncesto o como modelo! Del mismo modo, cuando la diferencia es de tipo intelectual, la persona afectada podrá optar por ocultarla con el fin de no chocar con su grupo e integrarse mejor en él, o bien aprovecharla para acceder a formaciones de nivel superior.

Así pues, aquello con lo que el individuo «diferente» asocie su diferencia será lo que determinará su comportamiento general, su relación con el mundo y, por tanto, el camino que tome. Ese sentimiento influirá en buena medida en el rumbo que dé a su vida, como influirá también, y sobre todo, el hecho de que la sociedad en la que se mueva tolere o no su diferencia. Por ejemplo, ser negro, homosexual o mujer no tiene nada de negativo en sí. Sin embargo, estas características pueden acabar dando lugar a una discriminación en función del juicio que haga de ellas el entorno. El individuo diferente no está obligado a sumarse a los prejuicios de su ambiente, pero todos nosotros aprendimos ya en nuestra infancia a po-

ner etiquetas a los demás. Desde el segundo curso de Educación Infantil se pide a los alumnos que identifiquen al «intruso» dentro de una imagen, y en el último curso de este ciclo tienen que saber señalar al «semejante» de entre una serie de elementos situados unos junto a otros. Por tanto, cuando pasan a educación primaria, todos ellos han aprendido a comparar, incluir y excluir, y ya sabemos la crueldad que ejerce constantemente un grupo contra aquel de sus miembros al que ha catalogado como intruso. A la luz del dolor sufrido podemos determinar el peso que la diferencia ha tenido en la vida de un hombre o de una mujer... Y, aunque a medida que envejecen, tanto los hombres como las mujeres se van insensibilizando ante la opinión que tienen los demás acerca de sus particularidades, no es menos cierto que los sufrimientos y la inhibición que han conocido en su pasado han limitado su capacidad de elección y han bloqueado su camino.

Las personas diferentes aprenden muy pronto —y a menudo en la mayor de las soledades— a protegerse psíquicamente de las dificultades íntimas con las que se topan. Algunos avanzan y salen adelante. Otros establecen una división entre su personalidad profunda y los valores a los que va ligada, por una parte, y una personalidad fingida, una especie de máscara que se colocan para resguardarse e integrarse, por otra. Hay también quienes se ríen de sí mismos para que los demás los acepten y esquivan sistemáticamente los aspectos molestos que podrían poner en cuestión su «normalidad». Pero estos rodeos no cambian en nada su situación: hagan lo que hagan, siempre serán diferentes.

La diferencia a la que me estoy refiriendo no es una impresión vaga, fruto de alguna dificultad para adaptarse al mundo, y menos aún una patología mental. Se trata de la diferencia propia de un grupo concreto de la población, al que yo denomino «los adultos con altas capacidades». Esa diferencia puede medirse a través de una serie de pruebas de las que hablaré un poco más adelante. Genera en la persona afectada un malestar característico —sobre el que también tendré ocasión de volver en próximas páginas— y, si no se corrige, con el paso de los años conduce a un abatimiento, a una abulia o incluso a un comportamiento depresivo que a su vez desemboca en el fracaso afectivo, social y profesional. El peligro es aún más grave en una sociedad que, paradójicamente, ensalza la diversidad, pero la soporta cada vez menos, que la erige en derecho, pero la margina, con lo que la va excluyendo más y más. No en vano, hoy en día, al mismo tiempo que crecen las voces que reivindican el derecho a pensar, actuar o vivir de un modo diferente, la sociedad fabrica anticuerpos cada vez más potentes para estigmatizar y rechazar a aquellas personas que quedan reducidas a su alteridad. Y si el adulto con altas capacidades suma a su cociente intelectual extraordinario otra diferencia más —por ejemplo, si es homosexual, mujer o extranjero—, el «otro» que representa a ojos de la multitud, ese «otro se convierte exclusivamente en el otro, en nada más que el otro, solo el otro», por retomar la expresión que el psicólogo Claude Geets emplea en su artículo «La peur de la différence».¹

1. Claude Geets, «La peur de la différence», *Pensée plurielle*, n.º 5, vol. 1 (2003), pp. 7-16.

Esas dos diferencias acumuladas avivan su sufrimiento: a una inteligencia extrema se le suma una lucidez extrema y, en consecuencia, una enorme vulnerabilidad, dos fuentes fundamentales de fragilidad psíquica. La intensa personalidad del adulto con altas capacidades, su complejidad y su elevada motivación pueden anesthesiarse, amordazarse o contenerse, pero jamás mueren. Ese adulto siempre será diferente, tanto «cuantitativa» como «cualitativamente».

Todas las personas tienden a la diferencia y defienden su singularidad, ya sea a través de su manera de ser, de vivir o de vestirse. Todas caminan como funambulistas, haciendo equilibrios sobre esa línea que separa el miedo a perderse a sí mismas, a fundirse y confundirse con la masa anónima, y el miedo a verse excluidas, rechazadas y hasta proscritas por parte de la comunidad de seres humanos que las rodean. En el caso de los adultos con altas capacidades, esa línea es delgada. Se sienten muy tentados a confundir «diferente» con «anormal». Las fronteras con «el común de los mortales» son infranqueables para algunos de ellos o se han difuminado para muchos otros. A menudo, la dificultad surge de la imposibilidad de definir cuál es su forma de pensamiento y, en último término, de la prohibición de formular la pregunta «¿quién soy?», de plantearse incluso la hipótesis de que su inteligencia sea más aguda, más eficiente que la de los demás.

Cuando los adultos que presentan altas capacidades reciben este diagnóstico, en un primer momento la mayoría de ellos lo rechazan. A su juicio, la palabra «superdotado» es un adjetivo que solo se aplica a los niños, un

talento que, al igual que la inocencia, desaparece con el paso de los años. Como muchas otras personas, están convencidos de que los adultos con altas capacidades son siempre personas excepcionalmente exitosas, que han seguido una trayectoria universitaria impresionante y que han triunfado en los ámbitos más inaccesibles, como las matemáticas, la física o los grandes negocios. Sin embargo, basta con que se planteen esta hipótesis y la verifiquen para que toda la madeja de prohibiciones, incomprensión y culpabilidad en la que se han enredado desde su infancia se deshaga. En ese momento entienden que tienen que aceptar lo que los hace diferentes y tolerar las mieles y los sinsabores de su inteligencia. Las mieles son todo aquello que siempre —a veces en secreto, en lo más profundo de su memoria— han soñado con ser o hacer algún día. Los sinsabores son la constatación de que una gran inteligencia, aunque en teoría sea una cualidad aplaudida y aclamada, en la vida cotidiana es pisoteada, contestada y a menudo odiada. Pero es precisamente esa inteligencia lo que —siempre y cuando se comprenda, se trabaje y se desarrolle— les permitirá superar estos obstáculos.

Como veremos también más adelante, la diferencia no solo es fuente de problemas. En cuanto la persona con altas capacidades comprende que no se trata de una deficiencia, sino que puede convertirse en una verdadera ventaja que permitirá sentar las bases de la excelencia, su visión del mundo cambia. Por supuesto, cualquier adulto de estas características se encuentra hoy y se encontrará siempre con gente incapaz de percibir la originalidad y la riqueza de su personalidad y dispuesta a

—incluso empeñada en— ponerle palos en las ruedas. Si ese adulto no dispone de todas las herramientas y las aptitudes necesarias para gestionar este tipo de oposición y responder a ella, es posible que acabe renunciando a sí mismo, a su plenitud, y que desarrolle un cierto resentimiento. Ha visto con demasiada frecuencia las oleadas de reacciones que suscita su deseo de implicarse para mejorar o modificar una situación y a menudo se ha sentido cansado de enfrentarse constantemente al mismo dilema: llamar la atención exponiendo sus ideas o callarse y fundirse con la masa. Sin embargo, si se da cuenta de hasta qué punto esta diferencia constituye una ventaja, de lo mucho que le conviene emplear sus fuerzas para trabajarla —en lugar de malgastarlas esquivando y ocultando aquello que lo hace único—, retomará las riendas de su vida y se convertirá al fin, como diría Nietzsche, en «lo que es».

Es necesario que estos adultos sepan que son «superdotados», es decir, que poseen altas capacidades intelectuales. Sin embargo, a la mayoría de ellos no se les hicieron las correspondientes pruebas en su infancia. Dado que ignoran su «superdotación», cada vez que se encuentran con dificultades o que acumulan un fracaso tras otro en su vida de hombres o de mujeres, tienden a menospreciarse y subestimarse, cuando no incluso a culpabilizarse y mortificarse.

Hay que saber que las altas capacidades ni desaparecen ni disminuyen a medida que se cumplen años. De hecho, tienden incluso a crecer, como crecen también las características por las que a estas personas les resulta tan difícil adaptarse a una vida en comunidad. Así, por

ejemplo, la hipersensibilidad y el perfeccionismo se intensifican. Y si la persona afectada no encuentra una válvula de escape o una explicación racional a través del diagnóstico fundamentado de sus altas capacidades, vivirá estas particularidades como taras, que agravarán su aislamiento y su reclusión. Son muchísimos los superdotados que acuden a consulta incitados por su entorno, que les ha aconsejado que vayan «a ver a alguien», y que, por un diagnóstico erróneo, consideran que sus singularidades constituyen trastornos de conducta...

Aplicando esta misma lógica, tienden a pensar que sus propias capacidades son normales, pero consideran brillantes a aquellos que poseen aptitudes diferentes a las suyas. En definitiva, se sienten diferentes, pero no comprenden por qué, y eso les hace sufrir. Como escribió Immanuel Kant en referencia a estos seres dotados de una inteligencia claramente superior, «quien está destinado a ello queda imbuido espontáneamente de un espíritu de modestia, de una desconfianza hacia sus propios talentos que consiste en abstenerse de decidir por sí solo para, en lugar de ello, tener en cuenta el juicio de los demás».² Por eso, una vez confirmado el diagnóstico de las altas capacidades, lo primero que puede hacer un psicólogo clínico para ayudar al paciente es elaborar, con su colaboración, una tabla de las diferencias que lo convierten en una persona singular, de modo que comprenda lo enormemente «útiles» que le resultan a la hora de cons-

2. Immanuel Kant, *Anthropologie du point de vue pragmatique*, Vrin, París, 1994, p. 29. [Hay trad. cast. de Roberto Rodríguez Aramayo, *Antropología práctica*, Editorial Tecnos S. A., Madrid, 1990, aunque la traducción de este fragmento es propia.]

truir su vida y hacer realidad sus proyectos. También debe conseguir que se percate del precio —a menudo desorbitado— que exige la integración y que identifique los obstáculos y las dificultades que, a largo plazo, pueden provocarle frustración, ansiedad e ira. En definitiva, se trata de brindarle al fin la oportunidad de observar con precisión el retrato robot de su doble —ese adulto de altas capacidades—, con toda su diferencia, y enseñarle así a conocerse a sí mismo.

¿QUÉ ES UN ADULTO CON ALTAS CAPACIDADES?

Un adulto con altas capacidades es un niño «precoz» que ha crecido. Esta definición puede parecer una pero-grullada, pero es fundamental que recordemos la verdad que encierra. La «superdotación», el «talento» o las «altas capacidades», o incluso aquello que en Estados Unidos se conoce como *gift*, no es una cualidad que se manifieste de forma tardía, en la edad adulta: la precocidad de estos individuos es congénita. Nacen dotados ya de esa inteligencia superior y la mantienen para siempre. Sin embargo, su entorno social, el país en el que vivan y su educación pueden ocultar este rasgo o bien desarrollarlo (o, al menos, favorecer su «detección» a través de una serie de pruebas y de la consulta a psicólogos o psiquiatras especializados en este fenómeno).

Así pues, si queremos avanzar, no podemos obviar esta cuestión de la precocidad, como tampoco podrá un psicólogo clínico seguir avanzando con un paciente que parece poseer altas capacidades si no lo determina me-

diante test precisos (entre ellos, el famoso test del cociente intelectual o CI), siempre actualizados y fundamentados, y cuyos resultados se deberán interpretar en función de estándares adecuados para el individuo que se someta a ellos. Tanto los adultos que acuden a mi consulta en una etapa de cuestionamiento personal (incluso aquellos que aseguran haber realizado pruebas de superdotación en su infancia) como la mayoría de los familiares que vienen a verme (por muy advertidos y, a menudo, bien informados que estén) me exponen siempre la misma duda, la misma preocupación. «¿Qué significa tener altas capacidades?», me preguntan, como si se tratase de una especie de enfermedad cuya evolución y síntomas quisieran conocer. Me acuerdo con frecuencia de Claire, una paciente que, días después de haber venido a consulta para exponerme el caso de sus hijos, volvió a mí, esta vez sola. Se había reconocido a sí misma en el retrato que yo había trazado acerca de las altas capacidades y, aunque pensaba que aquel no era su caso, no había podido evitar sentir la necesidad de hablarme de su infancia, del papel subordinado que su padre le había asignado en la empresa familiar, mientras que reservaba los puestos de dirección a sus hermanos. Se había asfixiado bajo el yugo de la tradición familiar y de su condición de mujer y se había pasado toda la vida debatiéndose entre la resignación y un deseo irrefrenable de saltar por encima de todos los obstáculos y avanzar... Huelga decir que Claire superó sobradamente las pruebas de superdotación.

La primera vez que apareció en lengua francesa el neologismo «superdotado» (*surdoué*) fue en la obra *La*

Recherche du Beau,³ de Léon Daudet. Más adelante, concretamente en 1959, el psiquiatra Julián de Ajuriaguerra lo retomaría en su *Manuel de psychiatrie de l'enfant*:⁴ «Se llama niño superdotado al que posee aptitudes superiores que sobrepasan netamente la capacidad media de los niños de su edad». Hoy en día, el término «superdotado» se aplica a los menores o a los adultos cuyas capacidades intelectuales están por encima de lo que se considera la norma, pero esta palabra está cayendo en desuso, a favor de alternativas como «altas capacidades», para aludir a aquellos individuos que cuentan con una inteligencia excepcional, que se pone de manifiesto a través de realizaciones igualmente excepcionales.

En Francia se habla también de «precocidad», pero yo he optado por descartar este término, ya que, por razones obvias, no es aplicable al adulto. Cuando se afirma que un niño es precoz a menudo se da a entender que ese menor no es más inteligente que los demás, sino que lo es a una edad más temprana, y que en el futuro los otros conseguirán ponerse a su nivel. Aplicado al adulto, el adjetivo «precoz» presenta los mismos límites que ya hemos señalado en el caso de los niños. Además, ¿qué sentido tendría decir que un adulto es precoz? Por eso en lugar de «precocidad» se habla más bien de «super-

3. Léon Daudet, *La Recherche du Beau*, Flammarion, París, 1932.

4. Julián de Ajuriaguerra, *Manuel de psychiatrie de l'enfant*, Masson, París, 2001. (El fragmento entre comillas se ha extraído de la traducción al castellano de Alfredo Rego, con revisión de Aurelio López-Zea, de la obra de Julián de Ajuriaguerra *Manual de psiquiatría infantil*, Masson S. A., Barcelona, 1973, p. 833. [N. de la t.])

dotación» o de «altas capacidades», que es lo que los estadounidenses denominan *gift*.

¿Cómo se mide esta condición? Dado que la inteligencia engloba la totalidad de las funciones mentales vinculadas al conocimiento conceptual y racional, se han elaborado una serie de pruebas para calcular la capacidad intelectual global de cada persona y su aptitud para adaptarse a situaciones nuevas y encontrar soluciones a las dificultades que le surjan. Fue el psicólogo estadounidense David Wechsler quien, en 1939, elaboró la mayor parte de estas pruebas. Sus resultados se presentan en una escala de cero a ciento cincuenta o más puntos. La puntuación de cien se considera el cociente medio. El valor del CI que se obtiene mediante este test permite clasificar a la persona que lo realiza en uno de los siete grandes grupos siguientes:

- Superior a 130 (2,2 por ciento de la población): inteligencia muy superior; superdotación.
- Entre 120 y 130 (6,7 por ciento de la población): inteligencia superior.
- Entre 110 y 120 (16,1 por ciento de la población): inteligencia media-alta.
- Entre 90 y 110 (50 por ciento de la población): inteligencia normal o media.
- Entre 80 y 90 (16,1 por ciento de la población): inteligencia media-baja.
- Entre 70 y 80 (6,7 por ciento de la población): inteligencia limitada.
- Inferior a 70 (2,2 por ciento de la población): inteligencia muy limitada.

Existen adultos con altas capacidades en todas las clases sociales. A veces parecen ser más numerosos en los entornos favorecidos, pero eso es simplemente porque en ellos la probabilidad de que se detecte y diagnostique su condición es mayor. También existen personas con altas capacidades en zonas geográficas muy diversas, en una enorme cantidad de profesiones, en cualquier grupo de edad y en todos los niveles económicos: en las grandes urbes y en las pequeñas aldeas rurales, en todo tipo de medios culturales, entre la burguesía tradicional y entre las comunidades de migrantes.

Igual que ocurre en el caso de los niños precoces, la prueba del CI no tiene en cuenta la psicología del adulto con altas capacidades ni su relación con el mundo, que son aspectos que desde su infancia han determinado el desarrollo de su inteligencia. Y tampoco define por completo este fenómeno. Las altas capacidades son, ante todo, un estado mental, una visión del mundo, un conjunto de rasgos realmente singulares que aparecen prácticamente en todos los casos.

A este fenómeno le prestó ya atención Platón en *La República*, pero no se empezó a estudiar en serio hasta mucho tiempo después. Por desgracia, se sigue considerando una experiencia íntima y personal, una singularidad similar a la de ser pelirrojo, por ejemplo, y existe la creencia de que se manifiesta a través de producciones muy complejas (como las fórmulas matemáticas de Einstein o ciertas creaciones artísticas marginales), en lugar de constituir un verdadero reto para nuestra sociedad por la riqueza que proporciona (o que se desaprovecha) y por el sufrimiento individual que genera (y que se podría evitar).

Además, aún hoy la comunidad científica sigue dedicando muchos más recursos a estudiar su naturaleza, algunos de los «dones» que brinda (como la telepatía, la premonición o la sinestesia) o las regiones del cerebro más implicadas en ella que a analizar las relaciones que las personas con altas capacidades pueden mantener con la sociedad que les rodea. Cuando descubrimos que este sector apenas constituye el dos por ciento de la población general, puede parecernos demasiado reducido como para acaparar la atención y, al mismo tiempo, demasiado elevado como para seguir ignorándolo.

Francia fue el primer país que se interesó por las altas capacidades. En 1905, el Gobierno galo encargó a Alfred Binet, director del Laboratorio de Psicología Fisiológica de la Sorbona, que estudiara el desarrollo psicológico de los niños. Su estudio dio lugar a la primera prueba de «nivel mental», una escala de medición que tres años más tarde retomaría Lewis Terman, un psicólogo estadounidense entusiasmado ante la posibilidad de disponer de una herramienta con la que evaluar y comparar las inteligencias. Terman trató de profundizar en la tesis que Francis Galton expuso en su obra *Hereditary Genius*, publicada en 1869, según la cual el genio es un componente hereditario. En mi anterior libro⁵ narré ya la historia de los «Termitas», aquellos 1.444 niños que presentaban un cociente intelectual igual o superior a 140 desde el parvulario y a los que se estudió durante toda su vida. De hecho, en 1995, cuando los discípulos

5. Monique de Kermadec, *Pour que mon enfant réussisse. Le soutenir et l'accompagner*, Albin Michel, París, 2010.

de Lewis Terman (que había fallecido en 1956) publicaron el último estudio sobre ellos, tenían una edad media de setenta y ocho años. Aun cuando este trabajo incluya datos inexactos, particularidades propias de la época y deficiencias a la hora de seleccionar a la población estudiada, lo cierto es que también ha proporcionado a los profesionales clínicos una gran cantidad de información que hoy en día sigue siendo válida. También ha entusiasmado a muchos psicólogos y ha abierto camino a multitud de estudios posteriores, hasta tal punto que en 1994 se creó en Estados Unidos el Centro Federal de Investigación sobre los Superdotados, encargado de coordinar los trabajos de cinco universidades, trescientos colegios y unos ciento setenta científicos y asociado a un centenar de universidades de ese país y también de Canadá. Sus investigadores analizan en la actualidad a doscientos cincuenta mil niños...

En líneas generales, y en lo que respecta a los adultos con altas capacidades, el estudio de Terman permitió determinar que, una vez alcanzada la edad de treinta y cinco años, aquellos que habían obtenido una mayor puntuación no habían cosechado éxitos especialmente excepcionales o fuera de lo común, salvo en el caso de Ray Bradbury, el escritor de libros de ciencia ficción. Ninguno de ellos había desarrollado las carreras a las que, en principio, parecían destinados tanto por su coeficiente intelectual como por la atención de la que fueron objeto... El estudio también se preguntó por los motivos por los que algunos de ellos, que presentaban el mismo CI y habían obtenido resultados académicos más o menos similares en la educación secundaria, no habían conseguido supe-

rar los dos primeros cursos universitarios. Pues bien, entre todos aquellos que se habían quedado en la estacada, Terman evidenció una falta casi patológica de confianza en sí mismos, de autoestima y de perseverancia. Además, entre estos individuos el índice de divorcios era dos veces superior al de aquellos otros miembros de los Termitas a los que les había ido mejor en la vida. Terman analizó también el entorno familiar del grupo y observó que, en el caso de los individuos que habían salido peor parados, la proporción de padres y hermanos con estudios universitarios era tres veces menor que en el de aquellos que habían tenido mejor fortuna.

Aunque no conviene que saquemos conclusiones precipitadas de estos datos, lo cierto es que me reafirman en mi convicción personal: cuanto menos se parezca el individuo con altas capacidades a su entorno, es decir, cuanto más diferente sea, mayor será la probabilidad de que desarrolle malestar, una angustia ligada a esta vaga sensación de diferencia o incluso abulia. Por otra parte, la mayoría de los psicólogos y médicos reconocen en la actualidad que la inteligencia que miden las pruebas —es decir, aquella que engloba la totalidad de las funciones mentales relacionadas con el conocimiento conceptual y racional, que no es sino la capacidad para resolver de manera rápida y correcta cuestiones lógicas— no garantiza en absoluto que el individuo sea capaz de tomar decisiones adecuadas o de adaptarse de una forma armoniosa a la vida real. Todos coinciden en concluir que, si de niños estos adultos vivieron un fracaso escolar o se toparon con dificultades en sus estudios, de mayores encontrarán los mismos problemas en el mun-

do profesional, pero esta vez acrecentados por la competitividad.

Esta observación ha sido respaldada por un estudio que se llevó a cabo a partir de los datos del anuario que publica Mensa,⁶ una asociación que reúne a adultos con un cociente intelectual de al menos ciento treinta puntos. Este particular «¿quién es quién?» constituye una auténtica mina de información para quienes deseen conocer mejor la situación de los adultos con altas capacidades. Pues bien, los resultados de la investigación evidencian que estas personas se sienten más cómodas delante de una máquina que ante interlocutores de carne y hueso: en su inmensa mayoría, de hecho, se dedican a actividades relacionadas con la informática, la electrónica, las finanzas y la contabilidad. También un alto número de ellas elige profesiones sanitarias: la medicina, la odontología o la farmacia. A continuación vendrían aquellas que optan por el ámbito de la educación, con una proporción bastante parecida de mujeres y hombres. Entre las mujeres se observa una cantidad importante de psicólogas que trabajan con niños precoces. Por último, hay un grupo mucho menos nutrido, aunque significativo, formado por varones que se decantan por seguir una carrera militar. Sin embargo, el dato más sorprendente que permite extraer la consulta de este anuario es el del número especialmente elevado de adultos con altas capacidades que no declaran

6. Cada año, Mensa elabora un anuario, que envía a sus miembros y que estos pueden consultar también a través de la página web <<https://mensa.es/>>.

ejercer ninguna actividad profesional, bien porque se dedican a algún oficio del que se avergüenzan, bien porque, en efecto, se encuentran desempleados. En cambio, todos ellos indican en el apartado de las actividades personales una gran cantidad de aficiones, en su mayoría pertenecientes a los ámbitos de las ciencias humanas o la fantasía, la filosofía o el esoterismo, la astronomía o la ciencia ficción.

También existen muchos menos estudios sobre los adultos con altas capacidades que sobre los niños de esta misma condición. Sin embargo, gracias al seguimiento de lo que ocurre con los menores una vez llegados a la edad adulta, al interés de algunos psicólogos y a la curiosidad de los investigadores, alentados por los avances de las neurociencias y de sus perspectivas, hoy en día la comunidad científica muestra una mayor sensibilidad hacia este tema. Como ya he adelantado, fueron Terman y Oden quienes, en 1947, proporcionaron el material de estudio de partida: un informe titulado *The gifted child grows up* [El niño superdotado crece] y publicado por la Universidad Stanford. En 1959, ambos psicólogos realizaron un nuevo balance sobre su grupo de análisis, una vez que todos sus miembros habían cumplido ya treinta y cinco años. Finalmente, en 1977, R. R. Sears se centró de una manera más específica en el análisis de aspectos como la calidad de vida de los Termitas y el índice de satisfacción que presentaban al llegar a la tercera edad y prestó una atención especial a las mujeres del grupo. También fue una referencia el ensayo que publicó Bloom en 1964, *Stability and change in human characteristics* [Estabilidad y cambio en las características humanas], don-

de planteaba las cuestiones fundamentales: ¿qué destino aguarda a los adultos con altas capacidades? ¿Cuáles son las particularidades de estas personas?

En la mayoría de los casos, la bibliografía existente no estudia el impacto social que tienen esas características. Sin embargo, en 1984 el psicólogo Michael Piechowski⁷ puso en evidencia lo difícil que es para la sociedad comprender y valorar la personalidad de sus superdotados y lo mucho que le preocupan sus comportamientos. Sea como fuere, desde los primeros estudios y gracias a todos aquellos que los siguieron, se han confirmado varios principios fundamentales, que hoy en día constituyen ya una base de referencia para médicos y psicólogos. Así, por ejemplo, se ha demostrado que las cualidades de los niños con altas capacidades no se pierden con la edad y que algunos de estos menores consiguen desarrollar su elevado potencial y se sienten satisfechos de haberlo hecho. En 1977, Sears concluyó que, a la edad de sesenta años, la mayoría de los superdotados han conocido los mismos sinsabores en su vida familiar que la mayoría de la población. En ese mismo año, Sears y Barnabee señalaron también que las mujeres con altas capacidades que se declaraban más satisfechas con su vida eran aquellas que habían accedido a una educación privilegiada y a experiencias enriquecedoras durante su juventud. En 1980, Dunn y Price probaron que, a diferencia de los individuos dotados de una inteligencia media, los superdotados pueden reflexionar sin necesidad de contar con un marco teórico

7. Michael Piechowski y Nicholas Colangelo, «Developmental Potential of the Gifted», *Gifted Child Quarterly*, n.º 28 (1984), pp. 80-88.

de partida. En 1983, Powell consideró demostrado que todos ellos necesitan comprender, conocer y buscar el origen de cada idea, así como la estructura lógica inherente a la red de datos que se les ofrece... Y, más recientemente, en concreto en el año 2003, Annick Bessou, geriatra, y Jeanne Tyrell, psicóloga, llevaron a cabo un estudio con veintiocho superdotados de sesenta y cinco años o más y llegaron a la conclusión de que, aunque presentaban mayores índices de ansiedad y depresión que la media, casi todos ellos (el 97 por ciento) seguían haciendo, pese a todo, planes para el futuro.

En definitiva, poco a poco se están esclareciendo, co-tejando, validando y aceptando los cimientos de estas personalidades. Por eso hoy en día podemos trazar sin demasiados errores el retrato del adulto con altas capacidades que es el protagonista de esta obra.

RETRATO DEL ADULTO CON ALTAS CAPACIDADES

Además de una inteligencia específica, que veremos más adelante, el adulto con altas capacidades presenta una serie de rasgos de personalidad que lo diferencian y que, de entrada, no coinciden con las características de quienes presentan la inteligencia a la que estamos habituados.

Así, en la mayoría de estas personas constatamos una intensidad exacerbada de las emociones y de la expresión de los sentimientos. También observamos que tienen los cinco sentidos muy agudizados y que poseen un verdadero don de la lucidez. Todos ellos, además, se muestran

muy incómodos en sociedad, especialmente cuando tienen que hablar en público.

Sin embargo, para trazar este retrato con el mayor rigor posible, debemos empezar por distinguir entre cuatro formas de inteligencia, que los psicólogos actuales definen con claridad: la inteligencia cognitiva, la emocional, la social y la creativa. A continuación expondré las características de cada una de ellas, ordenadas desde las más habituales hasta las más infrecuentes.

Inteligencia cognitiva

- Excepcional capacidad para razonar e interés por hacerlo.
- Espíritu de síntesis y comprensión inmediata (pensamiento que parece mágico).
- Sed de conocimiento.
- Atracción por lo complejo y lo difícil a la hora de elegir los problemas que se van a resolver.
- Espíritu independiente durante el aprendizaje, tendencia al autodidactismo.
- Amplio vocabulario, facilidad de palabra, gusto e interés por el lenguaje, por las expresiones verbales.
- Rápida adquisición de nuevos conocimientos.
- Excelente memoria a largo plazo.
- Fácil comprensión de conceptos matemáticos o científicos.
- Apetito voraz por la lectura.

- Elaboración de pensamientos abstractos.
- Capacidad de trabajar intelectualmente en varias líneas o disciplinas diferentes al mismo tiempo.

Inteligencia emocional

- Hipersensibilidad.
- Gran sentido del humor y de la comicidad de las situaciones.
- Notable capacidad de observación y percepción de los sentimientos ajenos.
- Sentimientos apasionados, afectos compulsivos.
- Sensibilidad extrema ante cambios sutiles en el ambiente.
- Introversión.
- Tolerancia ante la ambigüedad.
- Capacidad de analizar un mismo problema desde diferentes ángulos, desde diferentes puntos de vista.
- Percepción de lo maravilloso, capacidad para maravillarse.
- Espíritu abierto a nuevas experiencias.
- Estabilidad emocional, serenidad.

Inteligencia social

- Marcada tendencia a cuestionar o contestar a la autoridad, así como a plantear preguntas incómodas.
- Propensión al anticonformismo.

- Sensación de ser diferente, de encontrarse siempre a distancia de los demás.
- Sensación de reclusión y soledad.
- Propensión muy elevada a la compasión.
- Propensión muy elevada a empatizar con los demás y a ayudarles a entenderse a sí mismos.

Inteligencia creativa

- Propensión muy elevada a la invención.
- Imaginación y creación sumamente originales.
- Curiosidad insaciable.
- Ideas poco habituales.
- Tendencia a conectar ideas que tradicionalmente se han considerado opuestas o independientes entre sí, propensión a combinar conceptos.
- Imaginación vivaz y siempre alerta, aplicada a todos los ámbitos, desde las actividades más intelectuales hasta las más pragmáticas y cotidianas.

Para completar el retrato del adulto con altas capacidades habría que añadir sus cualidades morales. También en este terreno el estudio de estas personas ha permitido extraer una serie de puntos en común de todas ellas, que, como veremos, afectan a su relación con el entorno, tanto afectivo como profesional:

- Son perfeccionistas y tienden a poner el listón siempre muy alto, tanto para sí mismos como para los demás.

- Se muestran más interesados por los desafíos personales que por las recompensas que ofrece la sociedad.
- Les preocupan las cuestiones místicas, la búsqueda de la verdad y el sentido de la vida.
- Les gustan los retos y el riesgo.
- Les indignan la injusticia y los comportamientos inmorales. De hecho, poseen sólidas convicciones éticas y un marcado sentido de la integridad y la honestidad.
- Un reducido número de ellos son visionarios y sienten que tienen un destino que cumplir o una misión personal que realizar en sus vidas.
- Les apasionan los debates encendidos, la sinceridad y la tolerancia.
- Por lo general, cuentan con una gran energía y con una enorme capacidad de atención y de trabajo, así como con un nivel de concentración excepcional en los temas que les atraen.
- Pueden trabajar hasta la extenuación.
- De cuando en cuando, necesitan retirarse a un contexto de contemplación y soledad.
- Son hipersensibles con respecto a su entorno, en el sentido más amplio: se percatan de cambios de temperatura, de sonidos que no deberían estar ahí, de perfumes, de disonancias, de faltas de gusto, del material del que están hechos los muebles, los tejidos, la ropa...
- Debido a una falta de confianza en sus capacidades, tienden a reírse de sí mismos, a autocriticarse e incluso a autohumillarse.